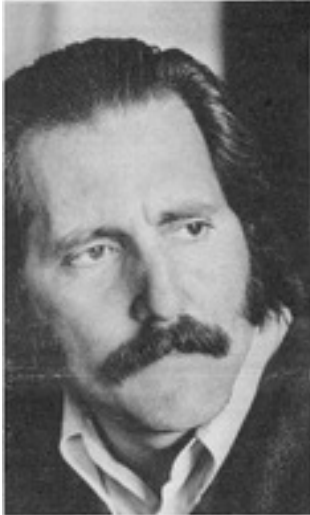




697102

malbrán: el hombre que va

a sonar



Inos en Broadway,
perenne
en el salitre.

Quimantú editó este mes "El hombre que sonaba", cuentos del actor, mimo, profesor de castellano, cabalístico, becerro en Yale, mímico y actual gerente de Relaciones Industriales en la planta SOQUIMICH, de María Elena, Ernesto Malbrán. A los 49 años, Malbrán debutó con un tardío y esperado libro. Algunas etapas del silencio que medió desde sus estudios universitarios hasta su reaparición debió las cubrir este crónico de Antonio Iturrutia.

SOLIA andar erguido por los patios del Pedagógico, con la mandíbula aguda y los dientes fuertemente, las manos expuestas en los bolsillos de un montgomery negro, alto como un actor norteamericano de cine.

Nadie lo pudo omitir. En el centro del prado, después de ser a sus interlocutores como un profeta árabe o un cruzado medieval (tal de religioso fingía ser), procedía a hablar el. No había necesidad de instalarse en palio. Funcionaba con allegados propios y su metro ochenta y cinco.

En los inviernos, cuando ya la desesperación de existir era tan enorme y la necesidad de comandarlo lo hacía rechinar, las manos le brotaban del montgomery y como aapas de molino cruzaban el espacio que lo separaba del alterado interlocutor.

Durante la época del Pedagógico (alrededor de 1960) había todo lo que un hombre pudo hablar. Con un grupo de amigos algo rufianes, con pedantes y más que nada histriónicos, integraba el grupo de teatro de la Facultad de Filosofía, que aún lo llaman CADIP. Sánchez, el pelirrojo, era un orfeón mermón y locura; Venegas, enseriada, para su propio pesar, filósofo alemanes y vestía una curiosa camisa a franjas azules y rojas; Silvia Cáceres cifataba con la nariz aguda las cumbres estructuralistas y el Dami Kummán que según él run run había visto "En Alcega", con Jean-Paul Belmondo, en Buenos Aires, se había cortado el pelo a la francesa y dejaba la peloria entre las minocas.

En ese contexto, Ernesto Malbrán emitía vida eléctrica y lenguaje en cinerama antes que el Santa Lucía. Con el interlocutor clavado a diez metros se alejaba y lo iba rodeando mientras de su boca salían cultibrevando novelas mucho mejores que "No Sé Cuántos Años de Soledad". Si en esa época hubieran existido las casettes, de entre los que nos arribábamos al fogón de Malbrán habría salido, por lo menos, media docena de novelitas geniales en Chile.

Por qué Ernesto Malbrán no escribió alrededor del 60 la novela más respiratoria de Chile, es pregunta que algunos turbios, entre

los cuales no se exigen algunos que se decían sus amigos (¡uff!), responden diciendo que simplemente no se la pudo, que más allá de su fervorosa labia quedaba lelo al papel.

Permitámonos discrepar de las masas. Si Malbrán no escribió la novela era porque lisa y llanamente comenzó a vivir una propia.

Fuese a que los pedantes del Departamento de Español, con sus suspiros burocráticos y sus huecos fonológicos le habían hinchado los idios, terminó su carrera de profesor de castellano aunque entre medio lo volvió una tuberculosa. Se lo propuso porque medio Chile mediocre y trepador quería que Ernesto se formalizara, que domesticara su potencia y fantasía en un Título Universitario.

Se fíen mismo ambulante y me lo lope en Uruguay y en Brasil con la cara pintada de blanco, dentro de las pantallas de TV cariocas. En las noches visitaba a una mujer formida que se había aviado con la eficaz droga del bla-bla. Una noche en que tendimos los sacos de dormir en Pádua del Este y los bichos nos exprimían la sangre con maternal avidez, le dije: "Basta". Fuimos al Casino de San Rafael y le puso al Negro 31. Negro 31, cantó el crupier.

Ernesto más toda esa piata y visualino una cena y tal vez una enma en hotel residencial turista y de buena ley. Desaparecido, aunque así que se le notara, me vio dejar toda la piata ganada en el mismo número. El crupier, como estaba escrito en el cielo, cantó mi número. (Quiero decir que andando con Ernesto, esas cosas pasan). En Rio, por cierto, bailamos un carnaval a la locura. Testigos: una catatónica calida cuyo nombre no recuerdo, y el cardiólogo José Quiroga. (¡Hola, Pepe!).

A todo esto, Ernesto era un consumado actor. De verita a Chile, se caso con la Puli, compañera resistente y sentimental, que le ha dado ya dos hijos, y emigró al Sur. Se me confundió al a Truco o a Ocho. Pero no importa el detalle, porque el caso es que en ambas partes lo andan buscando para malarlo. Como sinopsis, le dispararon balas que le silbaron cinematográficamente en ambas orejas. Una, por que montó "Los intrusos" de Egon Wolff y los prepotentes latifundistas sureños tiraron primera bofetada de mierda a la entrada del teatro, y luego balas en más privados lugares y en sombras más cobardes. Otra, en la Universidad de Chile, donde los miembros del Consejo Normativo y se pensó como un revolucionario de verdad, un agitador proletario, y lo perseguió y quisieron cagarlo y lo sumariaron. (¡Hola, pluralistas!).

Claro que antes de eso, grandel, los dos coincidimos en Estados



Los Quiroga Puli y Truco
Barridos

Unidos. Yo en Nueva York y él en (trompetas, pitones y redobles), ... (Yale University), una de esas universidades capitas y franciditas.

Estaba bien que mi amigo Ernesto se pareciera a Kirk Douglas, pero si alguna vez pasó del Josefina, debe haber sido para decir amén. Nunca le vi buena cara a ese hipotético doctorado en drama.

Un día llegó a mi cuarto en Nueva York. De amatecidilla. Arrojo sobre el desayuno una carpeta de donde se deslizaron media docena de fotos gigantes, todas las cuales mostraban la mera efígie de mi compañero allí presente.

—¡Herrón! —me dijo—, voy a hacer el papel del Inca en la Real Cáceris del Sol, en Broadway.

Me puso las fotos delante de mis narices empapadas de corn-flakes y me exigió:

—¡Tengo cara de Inca!

En una foto lo visualicé como jefe apache para una con John Wayne y Robert Mitchum. En las otras era Malbrán como Brando, Malbrán como Douglas, y hasta, con todo respeto, Malbrán como Jack Palance.

—Ten piedad —le dije.

No le dieron ese papel. En Broadway había como cinco mil Actors Studio, con más cara de aborígen que Ernesto, y que, además, gorgoraban la lengua de Shakespeare, con preciosos arrebatos.

Después del triunfo del Gobierno Popular, Ernesto se fue a trabajar en la Soquimich, a las misérrimas minas de salitre.

«Ernesto, esta parte del Norte, fu incitativa revolucionaria, es el momento verdaderamente apasionante de esta novela y es la porción de su vida que ahora estás viviendo. "La Quinta Rueda", te ha pedido que escribas un testimonio del salitre y no quiero aguarle la fiesta contando malamente las cosas que para ti son drama y felicidad, y para mí, sólo anécdotas.»

En todos esos años se dio maña para vivir a solas, tan ferozmente en la florón como en el duro plañeta. Solo que nunca duró de eso. Apenas, con tres amigos, entre los que se cuentan a personajes José Nasarian, Arturo Yusef y Manuel Silva, se pararon de ciertos cuentos.

Cuando Quimantú decidió publicar esta dramática sinopsis de bestial teruera que es "El hombre que sonaba", acaso no sospeché que de paso estaba lanzando al público a un hombre que había renovado silenciosamente el cuento chileno hacia casi dos décadas atrás en cierta revista de la SECH en cierta revista de SECH con un relato que se llamaba "El torcido".

Agarren ese dato para sus ensayos, fragantitas.

Malbrán: el hombre que va a sonar. [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1972

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Malbrán: el hombre que va a sonar. [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile